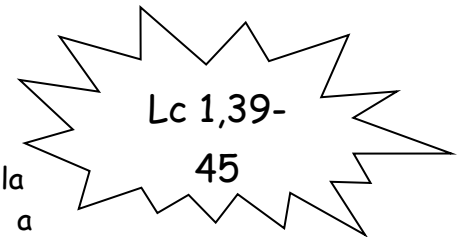


EL ADVIENTO DE MARÍA: EN CAMINO HACIA EL RIESGO



El Adviento, tiempo que anuncia la salvación definitiva, abre nuevamente sus puertas **a todo aquel que aguarda anhelante** la definitiva intervención de Dios. Adviento es una invitación a caminar en la esperanza, a mantener ardiente la lámpara de nuestros sueños. El Adviento ensancha una vez más el horizonte para comunicarnos la luz que ya amanece, la gran luz que inaugura los tiempos nuevos, la plenitud de la esperada salvación. El Adviento **nos llena el corazón de alegría**; la mirada, de luz, y nos hace pensar en nuevas posibilidades, nuevas expectativas, espacios abiertos a la verdadera libertad y al amor.

María va a ocupar el protagonismo en esta reflexión. Toda su existencia la convierte en criatura excepcional; todo su **proyecto de vida está encaminado hacia la plenitud** anhelada por el ser humano: el encuentro pleno con Dios, en la persona de su Hijo. Es el culmen de la verdadera felicidad, buscada y añorada por todas las personas. Es el auténtico sentido de la vida.

Isabel felicita a María: Dichosa tú que has creído. La reconoce dichosa, bienaventurada de Dios, inmensamente amada por el Señor. Isabel recoge, como en una síntesis, todas las esperanzas mesiánicas y las deposita en María. En efecto, aquella lejana promesa que había mantenido expectante al pueblo de Israel, encontraría su cumplimiento en la persona de Jesús. María era la puerta, el vehículo que hacía posible la encarnación del Hijo. Isabel, iluminada por el Espíritu, **ha sabido reconocer toda la historia de la salvación** concentrada en la persona de María. Y por supuesto que felicita a María, otorgándole así el reconocimiento humano, la aprobación de toda la humanidad a la acción de Dios en Ella.

Pero es muy importante caer en la cuenta de una cosa: cuando Isabel felicita a María, no se limita a expresar un elogio a la madre del Señor. Está afirmando con sus palabras que el plan de Dios, en la persona de Jesucristo, constituye **el verdadero sentido de la vida de María**. Isabel sabe dónde hay que **sustentar la felicidad**, y dónde María la ha sustentado. Sabe que todos los deseos y expectativas del ser humano no pueden cimentarse en cosas pasajeras. Sólo Dios llena el alma de manera definitiva. En cuántas ocasiones nos cansamos y afanamos buscando lo que no sacia... Cuántas veces creemos encontrar la felicidad en las pequeñas satisfacciones de cada día... Huimos de lo esencial y olvidamos el auténtico rostro de la verdad, el amor, la felicidad. Con María aprendemos a descubrir lo esencial, lo que nos hace felices. Con ella encontraremos un nuevo amanecer para nuestra vida.

María ha sido felicitada por Isabel, en cuyas palabras se ha manifestado el gozo de los pobres de Yahvéh, el gozo de todos los que a lo largo de los siglos esperan en Dios. Pero María se sabe pequeña; sabe que **el gran don recibido no es mérito suyo, sino de Dios**. Por eso, orienta su vida hacia Él. María vive descentrada de sí misma. No se arroga el orgullo de ser la madre de Dios, ni se queda paralizada en las palabras de felicitación recibidas. Su autoestima no

depende de los demás, sino que la entrega a los demás. **No vive para sí misma; vive para Dios**, y a Él remite toda su existencia.

Ella, además, está **en sintonía con todos los necesitados**, los que sufren, los oprimidos. Es la abogada de los más desfavorecidos. En el Magnificat ha proclamado abiertamente la **carta de los derechos humanos**, anunciando la salvación a quienes esperan y a quienes desesperan. María no está lejos de la historia, no permanece lejos de su pueblo. Ella está de parte de todos, del que la busca y del que cree no necesitarla; del que mira hacia lo alto ansiando la liberación y del que se considera autosuficiente y se basta a sí mismo. **María es de todos y para todos**, como diría nuestro Padre Zegrí, y se pone en camino hacia la montaña y hacia la ciudad, hacia el interior de cada corazón y hacia los pueblos que claman justicia.

Con María aprendemos a **vivir en camino**, no sólo durante el Adviento, sino a lo largo de nuestra vida. La espera de María fue dinámica. **No se sentó a aguardar un cambio** o una revolución social, sino que se lanzó hacia las necesidades más urgentes, por eso Isabel reconoce en ella la actuación de Dios, porque ve a María salir de sí misma y emprender el camino hacia Dios y hacia el otro.

Isabel la reconoce como mujer feliz, **no porque la vida le sonría** ni por ser una predilecta de Dios, sino por su actitud existencial ante los acontecimientos. María se atreve a **afrentar el riesgo de lo imprevisible**. ¿Quién si no es capaz de asumir en su proyecto de vida los a veces disparatados planes de Dios? ¿Quién es capaz de salir de su vida cómoda y sencilla para convertirse en la madre de Dios y hacerse cargo de la gran responsabilidad implícita en la historia de la salvación? El protagonismo de María no le otorgó grandes riquezas ni muchos aplausos. Ella tuvo que vivir los inconvenientes de no tenerlo todo claro y, sin embargo, obedecer más allá de lo razonable.

Aprendamos de María a vivir **en camino de búsqueda** y en camino hacia el **riesgo de una vida desinstalada**. Sólo así sabremos ponernos en la piel de aquellos que sufren y nos necesitan, como lo hizo María, que salió en busca de su prima Isabel sin tener en cuenta su propia situación. De esta forma, supo entrar en el hogar de aquella que la estaba necesitando y pudo **descubrir los entresijos más profundos de la persona necesitada**. En esto consistió su **felicidad**: en descubrir el sentido de la vida haciendo camino hacia Dios y hacia el otro.

Cuestionario

1. ¿Qué es para mí el Adviento, un tiempo caracterizado por preparativos, compras, consumo o me acerca al verdadero sentido de la esperanza?
2. ¿Cuál es mi proyecto de vida? ¿Me lo he planteado o me dejo llevar de la rutina y una vida instalada, ya hecha?
3. Siempre he imaginado a María como la pintan: sentada en su trono con actitud regia. ¿Qué me dice la imagen de María en camino, atenta a las necesidades de los demás?
4. María fue feliz porque vivió descentrada de sí misma. ¿Hasta qué punto Dios constituye el sentido de mi vida?